

SOBRE ROSALINDA MILLER CID (1966-2019) Y SU POESÍA

por David Eloy Rodríguez

I

El día 23 de diciembre de 2019 apenas una decena de personas nos despedíamos de Rosalinda en el cementerio de San Fernando. Se trataba de un entierro de beneficencia¹ en una mañana de nubes oscuras y lluvia tenaz en Sevilla.

Fue allí y entonces cuando decidimos los presentes unir nuestras energías y esfuerzos y hacer todo lo posible por publicar la poesía de Rosalinda en su homenaje, en su memoria.

Queríamos que sus palabras escritas, huella fundamental de su paso por el mundo, pudieran llegar hasta ti, lector, lectora. Y aquí estás, así que gracias por ello. Vayan, antes que nada, los mejores deseos para esta travesía que emprendes.

Sirvan estas palabras preliminares para contarte el porqué de nuestro empeño y poner en contexto este libro y su aventura.

1. Entierro de beneficencia es aquel que, ante la ausencia de responsabilidad familiar, es sufragado por los servicios sociales del Ayuntamiento. En los cementerios es fácil identificar cuándo se trata de un entierro de beneficencia, ya que el hueco se tapa con hormigón, sin colocar una lápida. Además, el nicho únicamente puede estar ocupado durante un tiempo determinado, que varía entre dos y cinco años según la localidad. Cuando finaliza este periodo, se retiran los restos del cadáver y se depositan en una fosa común.

II

Pensamos que hacer este viaje merece la pena. Los versos de Rosalinda tienen mucho que ofrecer.

Los poemas aquí recogidos nos parecen interesantes, reveladores, revulsivos, y son la vívida e impactante crónica lírica de una existencia a la intemperie, valiente, intensa y difícil. Palabras que vencieron al silencio, que se sobrepusieron a todo, que no se rinden.

En *Otro día en un jardín extraño* de súbito se nos hace presente una realidad invisible, invisibilizada, y se nos describe con palabras veraces, siempre exactas y sugerentes, que transmiten con personalidad y magnetismo y que conmueven con sentido, música verbal y misterio, de forma perdurable.

Creemos que es útil tener este libro cerca, a la mano, en la incierta deriva de los días, para volver de vez en cuando a sumergirnos en sus páginas, en su vértigo calmado, en su furiosa sencillez.

III

La poesía era para Rosalinda un cobijo, su lugar aparte, su tiempo especial. Frente a una realidad sórdida, mezquina y aturdidora, habitar lo poético (o al menos estar conectada a lo que la poesía brinda en su fluir, sentirse abierta a su desafío, susceptible a sus transformaciones, receptiva a sus epifanías deslumbrantes) le confería (y le otorga) una identidad esencial y secreta.

Rosalinda escribe en la hostilidad e incertidumbre de las calles, en el mayor desamparo y sufriendo la crudeza de la miseria. Dialoga en el poema consigo misma y con el mundo, susurra su desolada oración.

La poesía parece convertirse para ella en un antídoto contra la precariedad y el daño, como un diminuto y frágil superpoder, un conjuro para enfrentar a los monstruos, una contraseña para escapar a la indiferencia, la impotencia, la injusticia.

Las radiantes sincronías de la poesía: justo un 23 de diciembre, pero de 1870, fue enterrado Gustavo Adolfo Bécquer en Madrid. Durante el sepelio, Casado del Alisal propuso a los reunidos, principales amigos del difunto, la edición de las obras del poeta y de los dibujos de su hermano Valeriano. Tal vez gracias a esa iniciativa, felizmente refrendada, pudo salvarse el autor sevillano, a quien hoy seguimos leyendo con devoción, de las fauces del olvido.

La poesía se busca la manera de sobrevivir, de continuar ofrendando sus perplejidades, obrando sus prodigios. La poesía sabe esquivar los fatídicos dictados de la muerte.

IV

Conocí a Rosalinda Miller Cid en el laboratorio de escritura creativa para personas sin hogar que programo, coordino e impartí todos los martes en la sede de Solidarios para el Desarrollo² en Sevilla, situada en el Hogar Virgen de los Reyes.

2. Solidarios para el Desarrollo es una asociación de personas voluntarias que se comprometen con quienes sufren la exclusión social, la discriminación y la soledad (personas sin hogar, personas mayores, internos de centros penitenciarios, personas con discapacidad y problemas de salud mental). Por medio de la acción social, la comunicación y la incidencia, buscan romper prejuicios para transformar el entorno. Además de acompañar a estas personas, tienen como objetivo buscar las causas de su situación y ofrecer propuestas alternativas. Solidarios nació hace más de treinta años en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Hoy dispone de sedes en diferentes ciudades de España.

Desde Solidarios, Marisa Vázquez y Carmen Tamayo, conocedoras de mi obra literaria y de mis dedicaciones a enseñar herramientas, recursos y utilidades de la creatividad artística, me invitaron en el año 2016 a imaginar cómo acercar la poesía a quienes lo habían perdido casi todo, a gente que atravesaba por circunstancias terribles, afectada por dificultades y limitaciones diversas y exigentes. ¿Cómo conseguir que les importara la poesía y la hicieran suya? Desde entonces en ello seguimos, en un proceso siempre rico en encuentros y asombros, risas y reflexiones, aprendizajes y hallazgos.

En el laboratorio nos adentramos en la literatura: la disfrutamos, la practicamos, la encarnamos. Leemos poesía, microrrelatos, aforismos... y generamos nuevos textos. Yo escojo los contenidos y el itinerario y soy el facilitador, digamos, de su creatividad, quien la alienta y estimula a partir de las lecturas, juegos y ejercicios. Dos horas cada semana en un refugio compartido.

La sesión arranca a las cuatro y media de la tarde, pero nos citamos un rato antes para merendar. El grupo, entre personas sin hogar y voluntarios/as de Solidarios, que suelen sumarse, lo componen de veinte a treinta participantes por sesión. Todos asisten por su propia voluntad, y no siempre son los mismos, dadas las complicaciones, dependencias e imprevistos que se derivan de vivir en la calle.

Unas cuatrocientas personas se han incorporado en algún momento a las dinámicas del laboratorio a lo largo de todos estos años. Hay quienes casi nunca faltan. Era el caso de Rosalinda, a la que recuerdo asidua y muy activa casi desde el principio. También acudía ocasionalmente, me cuentan, a otros talleres organizados por Solidarios (de arte, de radio...), pero su pasión por el labora-

torio de escritura creativa parecía consistente e innegociable. Recuerdo que un martes, en una de las sesiones, Rosalinda escribió en la pizarra lo siguiente: *Cada vez que alguien escribe un verso / el Juicio Final se aleja un segundo.*

V

Rosalinda escuchaba por igual a todo el mundo, con respeto, y tenía la cualidad de aportar en sus intervenciones siempre meditaciones y visiones apropiadas y evocadoras. Disfrutaba de un raro talento para expresar lo común, para poner en palabras lo que pensábamos entre todos.

Su presencia tenía un brillo especial, ineludible. Parecía haber vivido muchas vidas. Contra su voluntariosa discreción, resaltaban su porte, su humilde y serena elegancia, su peculiar belleza con un aire infantil, a pesar de la edad y los estragos de un discurrir entre peligros y carencias. Alta y corpulenta, de pelo largo y rubio oscuro, de verdes ojos tristes y sonrisa alegre y agradecedora, por lo común era callada y tímida, con frecuencia abstraída. Sin duda llamaba la atención, aunque no lo pretendiera.

Era una persona culta, si bien no alardeaba de ello. Leía bastante, sobre todo poesía, libros prestados en las bibliotecas públicas del barrio. Una vez, a raíz de un debate sobre la traducción literaria en el que nos habíamos enredado, nos recitó de memoria un soneto de Shakespeare en castellano con perfecta cadencia e intención para demostrar cómo la gran poesía sobrevive a cualquier traslación lingüística. Recuerdo que con posterioridad conversamos sobre el misterio de la verdadera identidad del genial

autor y que compartió con nosotros, como si nada, con sencillez y datos acordemente traídos a colación, sus amplios conocimientos de las diversas teorías y especulaciones sobre el particular³, en una disertación exquisita, muy completa y entretenida. Tampoco es que fueran muy abundantes en ella estas expansiones expresivas, pero de vez en cuando nos sorprendía con arrebatos como este.

Como bien saben los vecinos del barrio sevillano de la Macarena, Rosalinda se movía en el entorno del arco y de la basílica, territorio de su deambular, su campo de acción, y allí era donde más recibía la solidaridad de la gente (comida, ropa, dinero...) sin que tuviera que mendigarla.

VI

Rosalinda Miller Cid fue encontrada en un descampado junto al río Guadalquivir, fallecida por causas naturales. Dormía cerca de allí, en una tienda de campaña.

Su muerte no fue noticia.

3. No pocos estudiosos e investigadores suscriben que William Shakespeare no es el verdadero autor de sus obras y que su auténtica identidad correspondería a otro autor, o incluso a un equipo de escritores en la sombra. Algunas de las candidaturas más sustentadas para la autoría de las páginas shakespearianas son las del dramaturgo Christopher Marlowe, la del filósofo y hombre de letras Francis Bacon, la de Edward de Vere, decimoséptimo conde de Oxford, la de Mary Sidney, condesa de Pembroke... Rosalinda disfrutaba de estas conjeturas, de las excitantes posibilidades que abrían, pero sostenía convencida que el legendario bardo sajón, pese a la escasa y contradictoria información biográfica que dejó a la posteridad, era el responsable único de todas sus obras.

VII

Un mes antes de su inesperado fallecimiento, un martes en el tiempo de la merienda, Rosalinda me preguntó si me apetecía leer sus poemas y relatos. Le dije que por supuesto, que sería un placer, que intentaría encontrar tiempo para dedicarlo a la lectura de lo que estimara conveniente y que le contaría posteriormente mis impresiones. Le agradecí su confianza en mí, y recuerdo que afirmó entonces que esta se debía a que no solo era su profesor de poesía, sino a que además era su amigo.

Acabada la sesión del laboratorio, Rosalinda me hizo entrega de un grueso cuaderno. Allí, en impecable caligrafía, esperaban, en efecto, sus creaciones, que aparentaban haber sido pasadas a limpio primorosamente para la ocasión. *Es lo último que he escrito*, dijo.

Me percaté más tarde de que el cuaderno incluía también entre sus páginas varias hojas sueltas, así como un sobre americano semiabierto con una docena de folios en su interior doblados. ¿Acaso era un error, un accidente, la presencia allí de ese sobre? Decidí en principio no leer su contenido.

Desgraciadamente nunca pude devolverle su cuaderno a Rosalinda, porque ya no la vimos más. La mayor parte de los poemas de este libro proceden de ese préstamo.

En ocasiones, para corresponder a los cuidados de quien la auxiliaba o se preocupaba por ella (una bolsa de naranjas, una barra de pan, un puñado de nueces), Rosalinda le daba un poema manuscrito de su autoría. A veces lo escribía en el instante, otras llevaba el regalo preparado en los bolsillos. Algunos de los textos de *Otro día en un jardín extraño* tienen este origen, nos han sido cedidos por

vecinas y vecinos que los conservaban y que contactaron con nosotros cuando supieron de esta iniciativa.

VIII

La inhabitual ausencia de nuestra amiga durante un par de semanas consecutivas nos preocupó. Preguntamos por ella. Nadie parecía tener noticias. Pensamos que se habría marchado de la ciudad, acaso para probar suerte en otro sitio, sin dejar recado. Eso pasaba esporádicamente con las personas del grupo: visitas a familiares, oportunidades de conseguir un trabajo..., aunque se solía advertir de esos planes a los demás. Por fin, un día alguien del grupo nos dijo que se había cruzado con ella, que había estado un poco hueraña, sin querer hablar de nada, pero que no tenía mal aspecto. Y eso calmó la sensación de alerta hasta que llegó la mañana en que recibimos la llamada telefónica para acudir a toda prisa a la ceremonia de despedida.

Muy poco sabíamos de Rosalinda, debido a sus reservas sobre su intimidad pasada y presente. Que le gustaban el rock y el flamenco de los años setenta, que había nacido en Sevilla, que su padre era norteamericano y su madre sevillana... Asuntos que habían aparecido por casualidad en las conversaciones en el laboratorio de escritura creativa. No era muy habladora, como ya se ha señalado. Cuando intervenía se notaba que había meditado sin prisa lo que iba a decir y cuidaba mucho las palabras para expresarse con propiedad.

La mayor parte de las cuestiones que vamos a exponer a continuación corresponden a averiguaciones que hemos realizado con

posterioridad a su pérdida. Aún hoy seguimos creyendo que es mucho más lo que desconocemos de Rosalinda que aquello que sabemos con certeza. Transcurrido un tiempo de su muerte (que fue un golpe anímico para el grupo, que la quería y admiraba), decidimos leer el contenido del sobre, por si podía ofrecernos alguna respuesta o clave. Se trataba de textos más íntimos, de marcado corte memorialístico, autobiográfico.

IX

Vayan a continuación las piezas del puzle al que hemos ido dando forma con paciencia.

La madre de Rosalinda, nacida en la Alameda de Hércules, dirigía una academia de baile y llegó a actuar de figurante, e incluso de actriz de reparto, en alguna película del momento. Sufrió crisis nerviosas que la llevaban a ocasionales ingresos hospitalarios. Falleció cuando su única hija era adolescente.

El padre de Rosalinda, acaudalado propietario de empresas en todo el mundo, renegó de ella en los años noventa. No se hablaban ni se relacionaban de ningún modo desde entonces. Su padre en la actualidad sigue sin querer saber nada de su hija.

En 1980 la familia se trasladó de barrio en Sevilla: de la Alameda de Hércules a la Cuesta del Rosario. Se mudaron al mismo edificio en el que vivían el filósofo, escritor y cineasta Guy Debord y su esposa, la lingüista y poeta Alice Becker-Ho⁴, ambos franceses,

4. Guy Debord (1931-1984) y Alice Becker-Ho (1941) son dos de los principales representantes de la Internacional Situacionista, influyente colectivo de activistas del pensamiento y la acción poética y artística revolucionaria.

que pasaban temporadas en Sevilla en un piso alquilado⁵. ¿Llegarían a conocerse en algún momento la familia de Rosalinda (el emprendedor norteamericano, su mujer sevillana y bailaora, igualmente empresaria, y su única hija) y ambos artistas y pensadores, dada esa proximidad y sus previsibles afinidades? Me hubiera encantado preguntarle a Rosalinda por ese tiempo y esa ciudad, por sus ilustres vecinos, por qué anhelos tenía entonces... Pero toda esta información la hemos ido obteniendo cuando ya no disponíamos del testimonio del mundo único e irrepetible de la autora. ¡Hay tantas cosas que ya no podremos saber!

En una ocasión Rosalinda nos dijo que tenía sangre gitana. ¿Sería un dato real o una metáfora de su condición errante y en el margen?

Al parecer, se desplaza a Tánger (Marruecos) para vivir a finales de los años ochenta, donde conoció el ambiente contracultural de la ciudad. Hizo amistad, por ejemplo, con Paul Bowles⁶ y su círculo, gracias a las relaciones y contactos de su familia.

No hemos podido comprobar si Rosalinda cursó estudios universitarios, aunque dejó anotado que se ganaba el dinero en esos años de juventud dando clases particulares de español y de inglés y redactando comunicaciones de negocios, y que realizaba tareas solidarias escribiendo cartas para las personas que no sabían leer ni escribir.

5. En este edificio donde residieron ocasionalmente en Sevilla hay una placa, sin firma de los responsables de la misma, que informa al paseante atento: *Aquí yace la ausencia de Guy Debord*. Siempre bien presente, pues, su necesario legado en los cómplices y conjurados, a pesar de la desmemoria y de los ejecutantes del olvido.

6. Paul Bowles (1910-1999). Importante escritor, compositor y viajero estadounidense. Vivió en Tánger desde 1947 hasta su muerte.

Aprovecha su estancia en África para viajar, sola o acompañada, por varios países del continente⁷. Sabemos que por entonces perdió a una amiga importante para ella, una periodista española a la que llama María B., fallecida de sobredosis de heroína en una habitación de un hotel de Fez. Este suceso la afligió profundamente.

En algún punto (debió de ser alrededor de 1998), por motivos que desconocemos, se traslada a vivir a Sevilla, donde convive unos años con un hombre en un piso en las afueras y trabaja en una fábrica de envasado de aceitunas. Sufre un aborto espontáneo.

Luego, la calle.

X

No todos los textos de Rosalinda de los que disponemos se publican en este libro. En esta selección están los que juzgamos de mayor valor literario. Escogemos aquí, pues, los más eficaces y universales, los que consideramos que más y mejor son capaces de comunicar estéticamente.

Por otro lado, hemos querido dejar fuera aquellos escritos que afectan más directa y comprometedoramente a la vida privada de la autora y que no estamos seguros de que ella deseara que vieran la luz. Pensamos que igual hubiera preferido que respetáramos su intimidad y que detalles morbosos o escabrosos no opacaran así el

7. Una tarde en el laboratorio de escritura creativa Rosalinda nos refirió que una vez, en no recordamos cuál país, el vehículo en el que viajaba se averió y fue rodeado por una manada de leones, que merodearon alrededor, amenazantes, toda una noche. Cuando terminó la anécdota, hizo una pausa y a continuación dijo: *Aunque, para fieras peligrosas, las de la calle.*

interés de su obra. Los poemas de *Otro día en un jardín extraño*. *Poesía de una vida sin bogar* cuentan y cantan, a su modo, en el sintético y elocuente lenguaje de la poesía, de esas heridas y cicatrices.

Rosalinda nunca habló de sí como una víctima. Parecía sentirse tranquila en su conciencia, satisfecha con las decisiones que había tomado en su devenir.

Apuntar aquí que, a pesar de los muy exigentes retos a los que Rosalinda Miller Cid se vio sometida de forma constante, siempre supo hacerles frente con integridad y entereza, con una inusual decencia, con nobleza de corazón.

XI

Los textos de Rosalinda no estaban concebidos u orientados, que sepamos, para su publicación. Es probable que la autora entendiera su labor más como el desarrollo de un diario íntimo, o tal vez como la redacción de cartas remitidas a ningún sitio, abocadas, por muy trascendental y desgarrado que fuera el mensaje, a mojarse en la lluvia y extraviarse en el océano sin piedad del olvido.

Sin futuro, pues, instalada en el puro presente, la poeta escribe con libertad, sin prejuicios, sin otra finalidad que cristalizar un suceso, una sensación, un enigma. Hacer florecer esa verdad.

Para Rosalinda seguir escribiendo era esencial, un compromiso, una adicción, como una fe, como si eso la salvara de algo. La poesía como una bendición en un mundo maldito.

¿Qué pensaría Rosalinda, qué diría, si pudiera disfrutar de esta edición? Quizás, de algún modo, se cumple ahora un destino. Su destino. Escribió Leonard Cohen: *La poesía no es una vocación, es un veredicto*.

XII

Esta edición se debe a la perseverancia y al alegre compromiso, al cariño, al entusiasmo y al talento de todas las personas que han conformado en algún momento el laboratorio de escritura creativa en Solidarios. Vaya mi agradecimiento a ellas y ellos, que han entregado lo mejor de sí para llevar a cabo esta pequeña gran audacia: crear, querer, confiar, insistir, conseguir finalmente. Un equipo extraordinario, mágico. Creo que Rosalinda estaría muy feliz de comprobar cuánta gente, y tan diversa, ha colaborado de una forma u otra en esta publicación. El amor a Rosalinda y a la poesía nos trajo hasta aquí. Y ha sido fabuloso haber podido llegar hasta aquí juntos. Explorando, tanteando, equivocándonos, aprendiendo. En el afán de conocer y comprender, seguimos todas las pistas, cada rastro. Como detectives de lo imposible, como nadadores contra la corriente, como constructores de una casa habitable con lo que quedó entre las ruinas tras el paso de un huracán.

Los textos que transcribimos a continuación es verosímil que fueran escritos en los últimos años de la vida de Rosalinda (calculamos desde 2016 hasta 2019); desconocemos por ahora si con anterioridad a esas fechas se dedicó a la literatura, ni dónde podrían encontrarse esos textos previos si los hubiera.

No hemos realizado cambios destacables en los originales, salvo aquellos ortotipográficos estrictamente necesarios para adecuarlos a los criterios de la colección *Poesía en Resistencia*.

El orden en el que se presenta esta recopilación respeta el del cuaderno, pero nos hemos permitido intercalar, por sintonía temática o idoneidad para el sutil hilo narrativo, algunos de los textos que nos llegaron de otras fuentes y que parecían encajar de forma

óptima en esa ubicación. A la hora de elegir un título para el conjunto, decidimos que se llamara igual que el poema que lo abría. Hemos valorado otras posibilidades, pero *Otro día en un jardín extraño* se impuso para representar el espíritu de Rosalinda, su trayectoria vital, su imaginario, su actitud, su poética.

Ante la ausencia de herederos de la autora (hasta donde alcanzan nuestras indagaciones, confrontadas con complejidades abrumadoras y nos tememos irresolubles), hemos resuelto que lo obtenido por los derechos de autoría de este libro se destine a Solidarios para el Desarrollo y así colaborar en su imprescindible tarea. Estamos convencidos de que a Rosalinda le hubiera complacido esta opción.

XIII

No disponemos, es una lástima, de imágenes de la autora. Hay un par de fotografías de grupo que nos hicimos en algún momento apresuradamente en el laboratorio. No le hacen justicia en absoluto. Ella figura al fondo y borrosa, como renuente a ser registrada. Consultamos aquí y allá, exploramos en los buscadores de internet, en las redes sociales... Nadie tenía fotos de ella o con ella. Como un fantasma, Rosalinda se escurría de nuestras pretensiones de fijarla visualmente. Sin rostro, sin figura, confundida entre la multitud. Como el viento en las calles, silbando su melodía sin que podamos atraparlo.

A raíz de un encuentro casual, Patricio Hidalgo⁸, admirado artista y buen amigo, además de vecino del barrio, nos refirió, cuando

8. Patricio Hidalgo (Ibiza, 1979) es artista plástico multidisciplinar. Autor del libro *Figuras flamencas* (Libros de la Herida & Entorno Gráfico, 2022), que recoge una amplia selección de su obra como *pintaor*, como creador vinculado al flamenco.

le hicimos partícipe de esta eventualidad, que era remotamente posible que conservara en una libreta bocetos que le había realizado a Rosalinda en una ocasión. Al parecer, le había hecho varios dibujos: uno que le entregó a ella como regalo en correspondencia a un pequeño favor que esta le había hecho, y esbozos que creía haber guardado, pero que desconocía dónde podían hallarse.

Justo al filo del cierre de la edición de este libro nos llegan sus retratos, encontrados en un remoto cuaderno de trabajo y que pueden contemplarse al final de este prólogo. Las radiantes sincronías de la poesía.

XIV

*Ocupados en atarnos los zapatos
permanecemos quietos en el incendio—
las paredes caen
las puertas hinchadas bloquean la salida
las ventanas ennegrecen sus cristales—
oímos gritos
observamos escenas de pánico y salvamento—
(estos complicados nudos de cordón de zapato)—*

PEDRO DEL POZO

Rosalinda Miller Cid parece tomar notas en el incendio mientras todo arde.

El edificio se derrumba, pero la responsabilidad de la poeta, su misión, es contar lo que realmente sucede. Lo que ve, lo que intuye, lo que sueña, lo que siente. Y hacerlo en palabras que ardan.

Una verdad convulsa desde el escenario de los acontecimientos. Y una verdad que nos afecta, pues en ese escenario en llamas estamos todos.

En este libro la vida quema.

XV

En la obra de Rosalinda Miller Cid resuenan los latidos de todos los abandonados, los arrinconados, los expulsados, los condenados. Aquí no se esconde la indigencia, su violencia, su brutalidad. La lucha por la supervivencia. Ser mujer en las calles inhóspitas, feroces. La apabullante, inconsolable soledad. El perpetuo desconcierto ante la desigualdad y la sinrazón. La costumbre de la desgracia y el infortunio y sus destrozos. El sufrimiento, el cansancio, la espera inacabable, las ilusiones marchitas, la enfermedad. La turbadora memoria, los traumas, las pérdidas, las culpas. El miedo ante la permanente amenaza de la locura y de la muerte. El vacío. El deseo de que todo cambie mientras nada cambia.

También hay hueco en este libro para los fulgores de la compasión, para la ternura, para la inocencia, la delicadeza, el humor, el goce, el amor, y hay resquicios de igual modo para el escapismo que generan los ensueños, sus ficciones. Puntos de fuga en una cárcel implacable.

¿Cómo conseguir respirar en el tiempo de la asfixia? En mitad del horror, insinuaciones y atisbos de otros mundos posibles, reflejos y destellos de un oasis (¿o tal vez otro espejismo?). La pulsión de seguir observándolo todo, sintiéndolo todo. Las ganas de vivir.

En este libro, la autora viene a ofrecer su corazón. Una voz que viene a convocarnos nítida, lúcida, resistente, desde los invisibles, los machacados, los sin voz. Una voz vibrante y fecunda que nos incita persuasiva a abrir los ojos, a hacernos preguntas, a ponernos en el lugar del otro, a procurar comprender, a implicarnos. Una voz urgente que narra cómo abrasa lo real, ahí, delante de nuestra mirada (aunque tengamos los ojos cerrados), y lo hace con precisión y belleza, con dignidad y orgullo.

Es un honor invitarles y animarles a la lectura de *Otro día en un jardín extraño*, una obra de una poeta singular en cuyos versos palpita la vida viva.

Alameda de Hércules, Sevilla, julio de 2023